

—Me ha dicho que se mataría—respondí creyendo que aquella resolución sorprendería á Enriqueta.

Pero al oirla dejó escapar una de esas desdeñosas sonrisas más expresivas aún que los pensamientos que traducen.

—Mi querida conciencia—proseguí,—si tuvieras en cuenta mis resistencias y las seducciones que conspiraban para mi pérdida, concebirías esa fatal...

—¡Sí, fatal! He creído demasiado en usted; he creído que no le faltaría la virtud que practica el sacerdote y que... posee el señor de Mortsauf—añadió dando á su voz el acento punzante del epigrama.—Todo ha concluído—continuó después de una pausa;—le debo mucho, amigo mío: ha apagado en mí los fuegos de la vida corporal. Lo más difícil del camino está andado, la vejez se aproxima; estoy ya delicada y bien pronto estaré enferma; no podré ser para usted la brillante hada que vierte una lluvia de favores. Sea usted fiel á lady Arabella, Magdalena, á la que educaba para usted, ¿qué será de ella? ¡Pobre Magdalena! ¡pobre Magdalena!—repetió como un doloroso estribillo.—Si la hubiese usted oído decirme: «¡Mamá, no estás amable con Félix!» ¡Pobre criatura!

Me miró á la luz de los tibios rayos del sol poniente, que se deslizaban á través del follaje, y sumergiéndose en los recuerdos de nuestro pasado tan puro, se dejó arrastrar por contemplaciones que se hicieron mutuas. Volvimos á apoderarnos de los recuerdos; nuestros ojos iban del valle al cercado, de las ventanas de Cloche-gourde á Frapesle, poblando esta fantasía con nuestros ramilletes embalsamados, con las novelas de nuestros de-

seos. Aquella fué su última voluptuosidad, saboreada con el candor de un alma cristiana. Esta escena, tan grande para nosotros, nos había sumergido en una misma melancolía; creyó en mis palabras y vió donde yo la colocaba: en los cielos.

—Amigo mío—me dijo,—obedezco á Dios, pues su dedo está en todo esto.

No conocí hasta más tarde la profundidad de esta frase. Subimos lentamente por la terraza. Tomó mi brazo y se apoyó en él, resignada, sangrando, pero habiendo puesto un vendaje á sus heridas.

—La vida humana es así—me dijo.—¿Qué ha hecho el señor de Mortsauf para merecer su suerte? Esto nos demuestra la existencia de un mundo mejor. ¡Desgraciados los que se quejan de haber ido por el buen camino.

Empezó entonces á apreciar la vida, considerándola tan profundamente en sus diversas fases, que sus fríos cálculos me revelaron el disgusto que había contraído por las cosas terrestres. Al llegar á la gradería dejó mi brazo, y pronunció esta última frase:

—Si Dios nos ha dado el sentimiento y el gusto de la felicidad, ¿no debe encargarse de las almas inocentes que sólo han encontrado aflicciones aquí abajo? Sí; pero es, ó Dios no existe, ó nuestra existencia no sería más que una amarga burla.

Diciendo esto entró bruscamente en la casa y se apoyó sobre el sofá, doblegada como si la hubiera herido la voz que aterró á San Pablo.

—¿Qué tiene usted?—le pregunté.

—¡No sé ya lo que es virtud!—dijo—¡no tengo conciencia de la mía!

Quedamos los dos petrificados, escuchando el sonido de aquella palabra, seco como el que produce una piedra arrojada á unabismo.

—¡Si me he engañado en mi vida, *ella* tiene razón, *ella!*—exclamó la señora de Mortsauf.

Así su último combate siguió á su última voluptuosidad. Cuando vino el conde, ella, que no se quejaba nunca, se quejó: le supliqué que me confiase sus sufrimientos, pero se negó á explicarse y se metió en su cuarto, dejándome devorado por remordimientos que nacían los unos de los otros. Magdalena acompañó á su madre, y al día siguiente supe por ella que había sido víctima de frecuentes vómitos, causados, dijo, por las violentas emociones del día. Así pues, yo, que deseaba dar mi vida por Enriqueta, era quien la mataba.

—Querido conde—dije al señor de Mortsauf, que me obligó á jugar al chaquete,—creo á la condesa seriamente enferma y aun es tiempo de salvarla. Llame usted al señor Origet y suplíquela que siga sus prescripciones.

—¿Origet, que me ha matado?—profirió interrumpiéndome;—no, no, consultaré á Carbonneau.

Durante aquella semana, y sobre todo los primeros días, todo fué para mí motivo de sufrimiento, principio de parálisis del corazón, heridas de la vanidad y heridas del alma. Es preciso haber sido el centro de todo, de las miradas y de los suspiros, el principio de la vida, el hogar de que cada cual sacaba su luz, para conocer el horror del vacío. Los mismos objetos estaban allí, pero el espíritu que los animaba se había extinguido como una llama soplada. Entonces comprendí la

espantosa necesidad de no verse en que están los amantes cuando el amor ha desaparecido. ¡No ser ya nada allí donde se ha reinado! ¡encontrar la frialdad de la muerte allí donde centelleaban los alegres rayos de la vida! Tales comparaciones aniquilan. Pronto llegué á echar de menos la dolorosa ignorancia de toda ventura que había obscurecido mi juventud. Así, pues, mi desesperación se hizo tan profunda, que la condesa se enterneció. Un día, después de comer, paseándonos todos por la orilla del río, hice un postrer esfuerzo para obtener mi perdón. Rogué á Santiago que se adelantase con su hermana, dejé que el conde caminase solo, y conduciendo á la condesa hacia la barca, le dije:

—Enriqueta, una palabra, por favor, ó me tiro al río. He faltado, es verdad; pero, ¿no imito al perro en su sublime adhesión, y no vuelvo, como él, avergonzado? Si el perro hace mal, se le castiga, pero adora la mano que le pega; castígueme, pero devuélvame su corazón.

—¡Pobre niño!—exclamó—¿no es usted siempre mi hijo?

Tomó mi brazo y alcanzó silenciosamente á Santiago y á Magdalena, con los cuales volvió á Clochegourde por los cercados, dejándome con el conde, que se puso á hablar de política á propósito de sus vecinos.

—Entremos—le dije;—va usted descubierto y el rocío de la noche podría causarle algún accidente.

—Usted me compadece, mi querido Félix—me respondió engañándose respecto de mis intenciones.—Mi mujer jamás ha querido consolarme, por sistema tal vez.

Nunca Enriqueta me había dejado solo con su marido, y entonces yo tenía necesidad de pretextos para reunirme á ella. Estaba con sus hijos, ocupada en explicar á Santiago las reglas del chaquete.

—He aquí—dijo el conde, siempre celoso del cariño que demostraba á sus hijos,—he aquí los seres por quienes soy siempre abandonado. Los maridos, mi querido Félix, no tienen más que las sobras; la mujer más virtuosa encuentra medios de satisfacer su necesidad de robar el afecto conyugal.

Enriqueta continuó sus caricias sin responder.

—Santiago—dijo el conde,—ven aquí.

Santiago hizo algunos gestos.

—Tu padre te llama; ve, hijo mío—dijo la madre empujándolo.

—¡Ya lo ve usted, me aman por orden suya!—repuso el anciano, que á veces comprendía su situación.

—Caballero—replicó Enriqueta acariciando repetidas veces los cabellos de Magdalena, que iba peinada á lo hermosa Ferronniere,—no sea usted injusto con las mujeres, su vida no es siempre fácil, y acaso los hijos son las virtudes de una madre.

—Querida—contestó el conde con una lógica verdaderamente horrible,—lo que dice usted significa que, si no fuese por sus hijos, las mujeres faltarían á su virtud y engañarían á sus maridos.

La condesa se levantó bruscamente y se fué con Magdalena á la gradería.

—¡He aquí el matrimonio, querido!—me dijo el conde.

Y tomando por la mano á su hijo y dirigiéndose á

donde estaba su mujer, sobre la cual lanzó miradas furiosas, exclamó:

—¿Quiere indicar esa salida que yo he dicho un disparate?

—Al contrario, caballero, me ha asustado usted; su reflexión me ha hecho un daño horrible—dijo con voz trémula dirigiéndome una mirada criminal;—si la virtud no consiste en sacrificarse por sus hijos y sus maridos, ¿qué es la virtud?

—¡Sacrificarse!—repuso el conde haciendo de cada sílaba una puñalada que atravesaba el corazón de su víctima—¿qué sacrifica usted, pues, á sus hijos? ¿qué me sacrifica usted á mí? ¡Responda, responda! ¿Qué pasa aquí? ¿qué quiere usted decir?

—Caballero—repuso Enriqueta,—¿estaría usted más satisfecho siendo amado por amor á Dios, que sabiendo que su mujer era virtuosa por la virtud misma?

—La condesa tiene razón—dije tomando la palabra con voz conmovida que vibró en aquellos dos corazones en quienes arrojaba mis esperanzas perdidas para siempre y que calmé por la expresión de los dolores, cuyo grito sordo puso término á aquella disputa, como todo calla cuando ruge el león;—sí, el más hermoso privilegio que nos ha concedido la razón es relacionar nuestras virtudes con los seres cuya felicidad es nuestra obra y á los cuales hacemos felices, no por cálculo, sino por una inagotable y voluntaria afección.

Una lágrima brilló en los ojos de Enriqueta.

—Y, querido conde—continué,—si por casualidad una mujer se viera involuntariamente sometida á algún sentimiento extraño á los que la sociedad le impone,

confiese usted que cuanto más irresistible fuese aquel sentimiento, más virtuosa sería ahogándolo, *sacrificándose* por sus hijos y por su marido. Esta teoría no es, por otra parte, aplicable á mí, que desgraciadamente ofrezco un ejemplo de lo contrario, ni á usted, á quien jamás alcanzará.

Una mano, á la vez trémula y ardiente, se posó en la mía y la estrechó en silencio.

—Es usted un alma hermosa, Félix—me dijo el conde.

Y pasando, no sin gracia, el brazo por el talle de su mujer, la atrajo dulcemente hacia sí para decirle:

—Perdona, querida mía, á un pobre enfermo que quisiera sin duda ser amado más de lo que merece.

—Hay corazones que están llenos de generosidad—respondió Enriqueta apoyando la cabeza sobre un hombro del conde, que creyó esta frase dirigida á él.

Este error causó no sé qué estremecimiento á la condesa; cayó su peineta, sus cabellos se destrenzaron y se puso pálida; su marido, que la sostenía, lanzó una especie de rugido sintiéndola desfallecer; la levantó como hubiera hecho con su hija y la llevó al sofá del salón, donde la rodeamos. Enriqueta conservó su mano en la mía como para decirme que sólo nosotros sabíamos el secreto de aquella escena, tan sencilla en apariencia, pero tan horrible por los tormentos de su alma.

—He hecho mal—me dijo en voz baja en un momento que el conde nos dejó solos para ir á buscar un vaso de agua de azahar; he sido mil veces cruel con usted, á quien he querido desesperar cuando hubiera debido recibirle con agrado. Querido amigo, tiene usted una adorable bondad que sólo yo puedo apreciar. Si,

ya lo sé, hay bondades que son inspiradas por la pasión. Los hombres tienen muchas maneras de ser buenos; lo son por desdén, por cálculo, por cariño, por indolencia de carácter; pero usted, amigo mío, acaba de demostrar una bondad absoluta.

—Sí, eso es—dije;—sepa usted que todo lo que de grande y de noble hay en mí viene de usted. ¿No sabe que soy su obra?

—Estas palabras bastan para la felicidad de una mujer—respondió en el momento en que volvía el conde.

Y añadió levantándose:

—Ya estoy mejor; necesito aire.

Bajamos todos á la terraza, embalsamada por las acacias todavía en flor. Enriqueta había tomado mi brazo derecho y lo oprimía contra su corazón, expresando así pensamientos dolorosos; esos dolores que, según decía, amaba ella. Quería, sin duda, quedarse sola conmigo; pero su imaginación, inhábil para las astucias femeniles, no le sugería medio alguno para alejar á sus hijos y á su marido, y hablábamos, pues, de asuntos indiferentes, en tanto que ponía en prensa su cabeza para buscar el medio de proporcionarse un momento en que poder desahogar su corazón en el mío.

—Mucho tiempo hace que no paseo en carruaje—dijo al fin viendo la belleza de la noche;—da orden de que enganchen, amigo mío, é iré á dar una vuelta por el campo—añadió dirigiéndose á su marido.

Sabía perfectamente que antes de la oración era imposible toda explicación, y temía que el conde quisiera jugar al chaquete. Es verdad que podríamos vernos en la terraza después que su marido se acostara, pero no osaba

permanecer bajo aquellas sombras embalsamadas, á través de las cuales pasaban resplandores voluptuosos, ni pasearse á lo largo de la balaustrada, desde donde nuestros ojos abarcaban el curso del Indre por la pradera. Del mismo modo que una catedral de bóvedas sombrías y silenciosas aconsejan la oración, los follajes iluminados por la luna, impregnados de aromas penetrantes y animados por los sordos murmullos de la primavera, excitan las fibras de la materia y debilitan la voluntad. El campo, que calma las pasiones de los viejos, excita las de los jóvenes; ¡y nosotros lo sabíamos! Dos campanadas anunciaron la hora de la oración; la condesa se estremeció.

—Mi querida Enriqueta, ¿qué tiene usted?

—Enriqueta ya no existe—me respondió;—no la haga usted renacer: era exigente, caprichosa; ahora tiene usted una amiga cuya virtud acaba de ser afirmada por palabras que el cielo le ha dictado. Más tarde hablaremos de esto: seamos exactos á la oración; hoy me toca á mí decirla.

Cuando la condesa pronunció las palabras con que pedía á Dios auxilio contra las adversidades de la vida, les dió un acento que me hizo estremecer; parecía haber usado de su don de segunda vista para adivinar la terrible emoción á que debía someterla una torpeza causada por el olvido de mis convenios con Arabella.

—Tenemos tiempo de hacer tres reyes antes de que estén enganchados los caballos—me dijo el conde llevándome al salón;—luego irá usted á paseo con mi esposa y yo me acostaré.

Como todas nuestras partidas, aquella fué tempe-

rosa. Desde su cuarto ó desde el de Magdalena, la condesa pudo oír las voces de su marido.

—Abusa usted en demasía de la hospitalidad—dijo el conde cuando volvió al salón.

La miré con aire sorprendido, pues no podía acosumbrarme á sus asperezas. En otro tiempo se hubiera guardado muy bien de sustraerme á la tiranía del conde, pues le gustaba verme participar de sus sufrimientos y que me llevase con paciencia por amor hacia ella.

—Daría mi vida—le dije al oído—por oírle murmurar otra vez: *¡Pobre amigo mío! ¡pobre amigo mío!*

Acordándose del momento á que aludía, Enriqueta bajó los ojos; luego me miró, y su mirada expresó la alegría de la mujer que ve los más fugitivos acentos de su amor preferidos á las profundas delicias de otro amor cualquiera. Entonces, como siempre que sufría aquella injuria, la perdoné, sintiéndome comprendido. El conde perdía; pretextó estar fatigado para poder dejar el juego, y fuimos á la azotea á tomar el fresco, mientras esperábamos el carruaje. Así que nos dejó, pintóse el placer tan vivamente en mi rostro, que la condesa me interrogó con una mirada curiosa y sorprendida.

—Enriqueta existe—le dije,—y sigo siendo amado; me hiere con la intención ardiente de romperme el corazón, y aun puedo ser feliz.

—No quedaba más que un resto de la mujer—repuso con espanto—y lo arranca usted en este instante. ¡Loado sea Dios que me da valor para sufrir un martirio merecido! Sí, le amo á usted demasiado; iba á desfallecer, pero la inglesa ha iluminado el abismo.

En aquel momento subimos al coche y el cochero pidió la orden.

—Llévenos usted al camino de Chinón por la avenida; luego volveremos por las landas de Carlomagno y el camino de Saché.

—¿Qué día es hoy?—pregunté con viveza.

—Sábado.

—No vayamos entonces por ahí, amiga mía, el sábado por la noche el camino está lleno de campesinos que van al mercado de Tours y encontraremos sus carretas.

—Haga usted lo que le he dicho—repuso mirando al cochero.

Uno y otro conocíamos demasiado las inflexiones de nuestra voz por variadas que fuesen, para poder disfrazar la menor de nuestras emociones. Enriqueta lo había comprendido todo.

—No ha pensado usted en los campesinos escogiendo esta noche—me dijo con ligero acento de ironía.—Lady Dudley está en Tours. No mienta usted. Le espera cerca de aquí. *¿Qué día es hoy? ¡Los campesinos! ¡las carretas!* Hizo usted nunca semejantes observaciones cuando salíamos juntos en otros tiempos?

—Eso demuestra que todo lo olvido en Clochegourde—respondí sencillamente.

—¿Y le espera á usted?—me preguntó.

—Sí.

—¿Á qué hora?

—Entre once y doce.

—¿Dónde?

—En las landas.

—No me engañe usted. ¿No es bajo el nogal?

—En las landas.

—Iremos á las landas—dijo,—y la veré.

Al oír estas palabras consideré mi existencia definitivamente fijada, y durante un momento casi estuve decidido á terminar, con un completo maridaje con lady Dudley, la lucha dolorosa que amenazaba agotar mi sensibilidad y arrebatar con tantos choques repetidos esas voluptuosas delicadezas que se semejan á la flor que precede á los frutos. Mi feroz silencio hirió á la condesa, cuya grandeza de alma aun no conocía por completo.

—No se irrite usted contra mí—dijo con su voz de oro y poniendo una mano sobre su corazón;—éste, querido, es mi castigo. Jamás será usted amado como lo es aquí. ¿No se lo he confesado? Lady Dudley ha sido mi salvadora. Para ella los placeres; no se los envidio; para mí el glorioso amor de los ángeles. Desde la llegada de usted he recorrido campos inmensos y he juzgado la vida. Elevad el alma, y la desgarraréis; cuanto más alto va uno, menos simpatías encuentra, y en lugar de sufrir en el valle, sufriréis en los aires, como el águila que se cierne llevando en el corazón una flecha disparada por algún pastor grosero. Hoy comprendo que el cielo y la tierra son incompatibles. Sí, para el que quiere vivir en la esfera celeste, sólo Dios es posible, y nuestra alma debe entonces estar separada de todo lo terrestre. Es preciso amar á sus amigos como se ama á los niños, por ellos y no por sí mismo. El *yo* causa las desgracias y las penas. Mi corazón irá más alto que el águila, y encontrará un amor que no me engañará nunca. En

cuanto á vivir con la vida terrestre, nos rebaja demasiado, haciendo dominar el egoísmo de los sentidos sobre la espiritualidad del alma que nos anima. Los goces que da la pasión son horriblemente tempestuosos y se pagan con enervantes inquietudes que rompen los resortes del alma. He llegado á la orilla del mar en que se agitan esas tempestades y las he visto muy de cerca; con frecuencia me han envuelto en sus nubes, no siempre la ola se ha quebrado á mis pies y he sentido su rudo contacto que helaba el corazón: debo, pues, retirarme á las alturas, pues perecería á la orilla de este mar inmenso. En usted veo, como en todos los que me han afligido, un guardián de mi virtud. Mi vida ha estado mezclada de angustias felizmente proporcionadas á mis fuerzas, y así se han mantenido puras de las malas pasiones, sin reposo seductor y dispuesta siempre para Dios. Nuestro cariño fué la tentativa insensata, el esfuerzo de dos cándidos niños que trataban de satisfacer á un mismo tiempo á su corazón, á los hombres y á Dios. ¡Locura, Félix!

Y después de un momento de silencio, añadió:

—¡Ahl! ¿cómo le llama á usted esa mujer?

—Amadeo—respondí.—Félix es un ser aparte que á nadie pertenecerá sino á usted.

—Enriqueta se siente morir—dijo la condesa dejando ver una triste sonrisa,—pero perecerá en el primer esfuerzo de la cristiana humilde, de la madre orgullosa, de la mujer de virtudes vacilantes ayer, afirmadas hoy. ¿Qué puedo decirle á usted? Sí; mi vida está conforme consigo misma en las más grandes circunstancias como en las más pequeñas. El corazón en el cual debía encon-

trar las primeras raíces de la ternura, el corazón de mi madre, está cerrado para mí, á pesar de mi persistencia en buscar un pliegue donde deslizarme. Era niña, venía después de la muerte de tres varones, y traté vanamente de ocupar su lugar en el afecto de mis padres, mas no pude curar la herida abierta en el orgullo de la familia. Cuando, después de aquella sombría infancia, conocí á mi adorable tía, la muerte me la arrebató muy pronto, y el señor de Mortsauf, á quien me he consagrado, me ha herido constantemente, sin descanso, y tal vez sin saberlo. ¡Pobre hombre! Su amor tiene el sencillo egoísmo del amor de los niños, y como no está en el secreto de los males que me causa, tengo que perdonarle. Mis hijos, esos queridos hijos que tienen mi carne por todos sus dolores, mi alma por todas sus cualidades, mi naturaleza por sus inocentes alegrías, esos hijos parece que me han sido dados para demostrar cuánta paciencia y cuánta fuerza hay en el seno de las madres. ¡Sí, mis hijos son mis virtudes! Y usted sabe cuánto he padecido por ellos, en ellos y á pesar de ellos, pues para mí, ser madre fué comprar el derecho de sufrir siempre. Cuando Agar clamó en el desierto, un ángel hizo brotar para aquella esclava demandado amada una fuente de agua pura; pero yo, cuando la límpida corriente hacia la cual quería usted guiarme, vino á deslizarse en torno de Clochegourde, no encontré en ella sino aguas amargas. Sí; me ha hecho usted sufrir dolores inauditos. Dios perdonará sin duda á quien no ha conocido el cariño mío sino por el dolor; pero en las penas más vivas que he experimentado me han sido impuestas por usted, tal vez las he merecido.

¡Dios no es injusto! ¡Sí, Félix; un beso furtivamente depositado sobre una frente, acaso envuelve crímenes; tal vez se deben expiar rudamente los pasos que se han dado alejándose de sus hijos y de su marido cuando se paseaba por la noche, á fin de estar á solas con recuerdos y pensamientos que no le pertenecían, porque, marchando así, el alma se había depositado en otro! Cuando el ser interior se recoge y contrae para no ocupar sino el espacio que se ofrece á los besos, tal vez se comete el mayor de los crímenes. Cuando una mujer se baja á fin de recibir en los cabellos el beso de su marido, ofreciéndole así una frente neutra, ¿no comete también un crimen? Y hay crimen en forjarse un porvenir apoyándose en la muerte; crimen en figurarse, para lo futuro, una maternidad sin alarmas, y hermosos hijos jugando por la tarde con un padre adorado de toda la familia y bajo los ojos enternecidos de una madre feliz. ¡Oh! sí; he pecado, he pecado gravemente. He encontrado placer en las penitencias impuestas por la Iglesia, que no rescataban bastante esas faltas, para las cuales fué el sacerdote demasiado indulgente, y Dios ha puesto sin duda el castigo en el corazón de todos esos errores, encargando su venganza á aquel por quien fueron cometidos. Dar mis cabellos, ¿no era prometerme? ¿Por qué me complacía en vestirme de blanco, sino porque así me parecía ser mejor su lirio? ¿No me había visto usted aquí, por vez primera, vestida de blanco? ¡Ay! He amado menos á mis hijos, pues todo afecto vivo roba algo á los afectos debidos. Ya lo ve usted, Félix, todo sufrimiento tiene su significación. Hiera, hiera más fuertemente que me han he-

cho el señor de Mortsaufr y mis hijos. Esa mujer es un instrumento de la cólera de Dios, y voy á acercarme á ella sin odio, y la sonreiré, porque, so pena de no ser cristiana, ni esposa, ni madre, debo amarla. Si, como usted dice, he podido contribuir á preservar su corazón del contacto que le hubiera marchitado, esa inglesa no puede odiarme: una mujer debe amar á la madre del que ama, y yo soy su madre de usted. ¿Qué he querido en su corazón sino el lugar que dejó vacío la señora de Mandenese? ¡Oh! sí, siempre se ha quejado usted de mi infidelidad; sí, no soy más que su madre. Perdóneme las durezas involuntarias que le dije á su llegada, porque una madre debe regocijarse sabiendo que su hijo es amado.

Y apoyó su cabeza sobre mi pecho, exclamando:

—¡Perdón! ¡perdón!

Oí entonces acentos desconocidos: no era su voz de niña con sus alegres notas, ni era tampoco su voz de mujer con los suspiros de madre dolorida: era una voz delirante, una voz nueva que expresaba nuevos dolores.

—En cuanto á usted, Félix—repuso animándose,— es el amigo á quien no sabría hacer daño. ¡Oh! nada me ha perdido en mi corazón; no se reproche nada; no tenga el menor remordimiento. ¿No era el colmo del egoísmo pedirle que sacrificase á un porvenir imposible los placeres más inmensos, puesto que para gozarlos una mujer abandona á sus hijos, abdica su rango y renuncia á la eternidad? ¡Cuántas veces le he encontrado á usted superior á mí! ¡Usted era grande y noble, yo pequeña y criminal! Ahora que todo está dicho, no



puedo ser para usted más que una luz elevada, centelleante y fría, pero inalterable: haga solamente, Félix, que no sea sola en amar al hermano que me ha elegido... ¡Cúreme usted! El amor de una hermana no tiene días malos ni momentos difíciles. No tendrá necesidad de engañar á esta alma indulgente que vivirá con su hermosa vida, que nunca dejará de afligirse con sus dolores, que participará de sus alegrías, que amará á las mujeres que le hagan feliz y que se indignará con sus traiciones. ¡No he tenido un hermano á quien amar así! Sea usted bastante grande para despojarse de todo su amor propio y para cambiar nuestro cariño, hasta aquí tan dudoso y lleno de tempestades, por ese dulce y santo afecto. Así podré vivir todavía, y tomaré la iniciativa estrechando la mano á lady Dudley.

¡Y no lloraba al pronunciar aquellas palabras llenas de ciencia amarga, con las cuales, arrancando el último velo que me ocultaba su alma y sus dolores, me demostraba con cuántos lazos estaba unida á mí, y cuán fuertes eran las cadenas que yo había roto! Estábamos dominados por tal delirio, que no sentíamos la lluvia que caía á torrentes.

—¿Quiere la señora entrar un momento aquí?—dijo el cochero designando la posada principal de Ballán.

Enriqueta hizo una señal de asentimiento, y durante media hora próximamente permanecimos bajo la bóveda de entrada, con gran extrañeza de las personas de la posada, que se preguntaban por qué la señora de Mortsauf andaba por los caminos á las once de la noche. ¿Iba á Tours ó volvía? Cuando la tempestad hubo cesado y la lluvia quedó convertida en una llovizna que

no impedía á la luna iluminar las altas nubes rápidamente llevadas por el viento, el cochero salió, y con poca alegría de mi parte volvió sobre sus pasos.

—Cumpla usted mi orden—le gritó con dulzura la condesa.

Tomamos, pues, el camino de las landas de Carlo-magno; la lluvia volvió á empezar. En medio de la lluvia oí los ladridos del perro favorito de Arabella: de repente un caballo se lanzó fuera de la espesura, franqueó de un salto el camino, salvó el foso abierto por los propietarios para distinguir sus terrenos respectivos en aquellos eriales que se creían susceptibles de cultivo, y lady Arabella fué á ponerse en la landa para ver pasar la carretela.

—¡Qué placer esperar así á su amante, cuando se le espera sin crimen!—dijo Enriqueta.

Los ladridos del perro habían advertido á lady Dudley que yo estaba en el carruaje, y creyó sin duda que iba así á buscarla á causa del mal tiempo. Cuando llegamos al sitio en que estaba la marquesa, ésta voló por la orilla del camino con esa destreza de amazona que le es peculiar y que maravilló á Enriqueta como un verdadero prodigio. Por mimo, Arabella no decía más que las últimas sílabas de mi nombre, pronunciadas á la inglesa, especie de llamada que en sus labios tenía un encanto digno de una hada, y creía que sólo yo podía oírla gritar: *¡My dee!*

—Él es, señora—contestó la condesa contemplando bajo un pálido rayo de la luna aquella fantástica criatura, cuyo semblante impaciente aparecía entre sus largos bucles medio deshechos.

Ya sabes con qué rapidez se examinan las mujeres. La inglesa reconoció á su rival y fué gloriosamente inglesa: nos dirigió una mirada llena de desprecio inglés, y desapareció en la espesura con la rapidez de una flecha.

—¡Pronto á Clochegourdel!—exclamó la condesa, para quien aquella áspera mirada fué como un hachazo en el corazón.

El cochero volvió grupas para tomar el camino de Chinón, que era mejor que el de Saché. Cuando la carretela atravesó de nuevo la landa, oímos el furioso galope del caballo de Arabella y los pasos de su perro, que seguían el linde del bosque al otro lado de la espesura.

—¡Se va y la pierde usted para siempre!—me dijo Enriqueta.

—Pues bien—respondí;—que se vaya, no lo sentiré.

—¡Oh, pobres mujeres!—exclamó la condesa manifestando un compasivo horror;—pero, ¿adónde va?

—Á la Grenadiere, una casita cerca de Saint-Cyr.

—¡Y se va sola!—repuso Enriqueta con un tono que me probó que las mujeres se creen solidarias en amor y no se abandonan jamás.

Cuando entrábamos en la avenida de Clochegourdel, el perro de Arabella ladró alegremente delante de la carretela.

—¡Se nos ha adelantado!—exclamó la condesa.

Y tras un momento de silencio, añadió:

—Jamás he visto una mujer tan hermosa: ¡qué talle y qué manol! Su cutis sobrepuja al lirio y sus ojos tienen el brillo del diamante. Pero monta demasiado bien

el caballo; debe complacerse en desplegar su fuerza; la creo activa y violenta; además, me parece que se coloca con demasiado atrevimiento por encima de las conveniencias, y la mujer que no reconoce leyes está muy cerca de no escuchar más que á sus caprichos. Los que tanto se complacen en brillar y en moverse, no han recibido el don de la constancia. Según mis ideas, el amor quiere más tranquilidad: yo me lo he figurado como un lago inmenso donde la sonda jamás encuentra fondo; donde las tempestades pueden ser violentas, pero raras y contenidas en límites infranqueables; donde dos seres viven en una isla florida, lejos del mundo, cuyo brillo y lujo les ofendería. Pero el amor debe tener el sello de los caracteres: acaso me equivoque. Si los principios de la naturaleza se plegan á las formas exigidas por los climas, ¿por qué no sucederá así con los sentimientos en los individuos? Sin duda los sentimientos, que tienen una ley general, no contrastan sino solamente en la expresión: cada alma tiene su manera. La marquesa es la mujer fuerte que franquea la distancia y obra con la pujanza del hombre, que libraría á su amante matando á carceleros, guardias y verdugos, en tanto que ciertas criaturas no saben más que amar con toda su alma, y en el peligro se arrodillan, lloran y mueren. ¿Cuál de estas dos mujeres es la que más le agrada? He aquí la cuestión. Pero sí, la marquesa le ama y se lo ha sacrificado todo, ¡tal vez le amará siempre, cuando usted no la ame ya!

—Permítame usted, ángel querido, repetir lo que un día me dijo: ¿cómo sabe usted esas cosas?

—Cada dolor tiene su enseñanza; yo he sufrido

de tantas maneras, que mi instrucción es vastísima.

Mi criado había oído dar la orden al cochero; creyendo que volveríamos por los cercados, tenía mi caballo dispuesto en la avenida: el perro de Arabella había olfateado al caballo, y su dueña, guiada por una curiosidad muy legítima, lo había seguido á través del bosque, donde sin duda estaba oculta.

—Vaya usted á hacer las paces—me dijo Enriqueta sonriendo y sin revelar la menor melancolla,—y dígame que se ha engañado respecto á mis intenciones; que sólo quería darle á conocer el valor del tesoro que posee. Mi corazón no encierra sino buenos sentimientos para ella, y no tiene, sobre todo, ni cólera ni desprecio; explíqueme que soy su hermana y no su rival.

—No iré—respondí.

—¿Jamás ha comprendido usted—exclamó con la brillante altivez de los mártires—que ciertas atenciones llegan hasta el insulto?... Vaya usted.

Corrí entonces hacia lady Dudley para saber en qué disposición se encontraba.

—Si se enfadase y me dejara—pensaba yo,—volvería á Clochegourde.

El perro me condujo bajo un roble, de donde se lanzó la marquesa exclamando:

—*Away! jaway!*

Todo lo que pude hacer fué seguirla hasta Saint-Cyr, adonde llegamos á media noche.

—Esa señora está perfectamente buena—dijo Arabella cuando bajó del caballo.

Sólo los que la han conocido pueden imaginarse todos los sarcasmos que contenía esta observación,

precisamente pronunciada con un aire que quería decir:

—¡Yo me hubiera muerto!

—Te prohibo dirigir una sola de tus saetas á la señora de Mortsauf—le dije.

—¿Sería acaso desagradar á Vuestra Gracia hacer constar la perfecta salud de que goza un ser querido y precioso á su corazón? Se dice que las francesas odian hasta el perro de sus amantes; en Inglaterra, por el contrario, amamos todo lo que nuestros señores aman, y odiamos todo lo que odian, porque vivimos, digámoslo así, bajo la piel de nuestros señores. Permítame, pues, amar á esa señora tanto como la ama usted mismo. Únicamente, querido mío—añadió enlazándose con sus brazos húmedos por la lluvia,—que si tú me abandonases no estaría de pie ni acostada, ni en una carretela flanqueada de lacayos, ni iría á pasearme á las landas de Carlomagno ni á ninguna otra parte, ni me encontrarían en mi lecho, ni bajo el techo de mis padres... ¡porque no existiría! He nacido en el Lancashire, donde las mujeres mueren de amor. ¿Conocerte y cederte? No te cedería á nadie, ni aún á la muerte, porque me iría contigo.

Me llevó á su cuarto y se dispuso á cambiar de traje.

—Ámala, querida mía—le dije con calor,—porque ella te ama, y no de una manera burlona, sino sinceramente.

—¿Sinceramente, pequeño?—me preguntó quitándose el amazona.

Por vanidad de amante quise revelar á aquella orgullosa criatura toda la sensibilidad del carácter de Enriqueta, y en tanto que la doncella, que no sabía una palabra de francés, le arreglaba los cabellos, traté de

retratar á la señora de Mortsaufl delineando su vida, y repetí los grandes pensamientos que le había sugerido esa crisis en que todas las mujeres son pequeñas y cobardes.

Aunque Arabella parecía no prestarme la menor atención, no perdía, sin embargo, ninguna de mis palabras.

—Estoy encantada—dijo cuando estuvimos solos—de conocer el gusto que tienes por esas conversaciones cristianas. Existe en una de mis tierras un vicario que entiende como nadie de componer sermones, y nuestros campesinos le comprenden perfectamente, tan apropiada es su prosa á su auditorio. Mañana escribiré á mi padre que me envíe ese buen hombre en el primer buque; lo encontrarás en París, y cuando le hayas oído una sola vez, sólo á él querrás escuchar, tanto más cuanto que goza de perfecta salud. Su moral no te causará esas emociones que hacen llorar, pues corre sin tempestades como una clara fuente, y procura un delicioso sueño todas las noches, si te place, podrás satisfacer tu pasión por los sermones, al mismo tiempo que digieres la comida. La moral inglesa, hijo mío, es tan superior á la de Turena, como nuestra cuchillería y nuestros caballos son superiores á los vuestros. Hazme el favor de ver á mi vicario, ¿me lo prometes? Yo no soy más que una mujer, amor mío; sé amar, puedo morir por ti, si así lo quieres, pero no he estudiado en Eton, ni en Oxford, ni en Edimburgo; no soy doctor ni reverendo; no sabría predicarte la moral, y, si lo intentase, cometería una torpeza inculcable. No reprocho tus gustos; no los tengas más deplorables que ese, y trataré de confortarte, pues quiero que encuentres á mi lado todo

que te agrada, placeres del amor, placeres de la mesa y placeres de la Iglesia, buen clarete y virtudes cristianas. ¿Quieres que esta noche me ponga un cilicio? ¡Qué feliz es esa mujer con su moral! ¿En qué universidad toman sus grados las mujeres francesas? ¡Pobre de mí! Yo no puedo hacer más que entregarme á ti, yo no soy más que tu esclava.

—Entonces, ¿por qué has huído cuando yo quería veros juntas?

—¿Estás loco, *My dee?* Iré de París á Roma disfrazada de lacayo, haré por ti los mayores disparates, pero, ¿cómo puedo hablar en medio de un camino á una mujer que no me ha sido presentada y que iba á empezar un sermón en tres partes? Hablaré á los campesinos, pediré á un trabajador un pedazo de pan, si tengo hambre; le daré algunas guineas, y todo estará bien; pero detener una carretela como hacen los ladrones de camino real en Inglaterra, eso no está en mi código. Tú no sabes más que amar, hijo mío, pero no sabes vivir. Por otra parte, yo no me parezco á ti y no me gusta la moral; mas para complacerte soy capaz de los mayores esfuerzos. Vamos, no tengas cuidado, trataré de hacerme predicadora y no volveré á permitirme caricias sin acompañarlas con versículos de la Biblia.

Arabella usó de su poder y aun abusó de él apenas vió en mis ojos la ardiente expresión que se pintaba en ellos tan pronto como empezaban sus zalamerías. Triunfó del todo y llegué á considerar muy superior á todos los escrúpulos del catolicismo la mujer que se pierde, que renuncia á un porvenir y que hace del amor toda su virtud.

—Esa mujer se ama más que te ama—dijo Arabella, —pues te pospone á algo que no eres tú. ¿Cómo dar á lo que nos pertenece más importancia de lo que vosotros le dais? Ninguna mujer, por moralista que sea, puede ser igual á un hombre. Marchad sobre nosotras, matadnos, no turbéis jamás, por nosotras, vuestra existencia; á nosotras nos toca morir, y á vosotros vivir grandes y altivos. De vosotros á nosotras el puñal; de nosotras á vosotros el amor y el perdón. ¿Se inquieta el sol por los insectos que revolotean en sus rayos y viven de su luz? Cuando desaparece, mueren...

—Ó vuelan—dije interrumpiéndole.

—Ó vuelan—repuso con una indiferencia que hubiera hecho saltar al hombre más determinado á usar del extraño poder de que me investía.—¿Crees tú que es digno de una mujer hacer tragar á un hombre tortas amasadas con virtud para persuadirle de que la religión es incompatible con el amor? ¿Acaso yo soy impía? Ó entregarse, ó negarse; pero negarse y moralizar tiene doble pena y es contrario al derecho de todos los países. Aquí no tendrás más que excelentes *sandwiches* preparados por tu criada Arabella, cuya única moral será imaginar para ti caricias y placeres, que ningún hombre haya disfrutado, y que los ángeles me inspiren.

No conozco nada más disolvente que la burla manejada por una inglesa que toma el aire de pomposa convicción con que cubren sus compatriotas las grandes pequeñeces de su vida. La burla francesa es una especie de encaje con que las mujeres saben embellecer la alegría que dan y las querellas que inventan; es un adorno moral, gracioso, como su traje; pero la burla

inglesa es un ácido que corroe tan bien los seres sobre quienes cae, que los deja reducidos á esqueletos. La lengua de una inglesa espiritual se parece á la del tigre, que arranca la carne queriendo lamer; arma omnipotente de un demonio que os dice riéndose: *¿no es más que eso?* Esa burla deja un veneno mortal en las heridas que se complace en abrir. Durante aquella noche, Arabella quiso mostrarme su poder, como un sultán que, para probar su destreza, se divierte en degollar inocentes.

—Ángel mío—me dijo cuando me hubo sumergido en un adormecimiento en que todo se olvida, excepto la felicidad,—también yo acabo de moralizar. Me he preguntado si cometía un crimen amándote, si violaba las leyes divinas, y he encontrado que nada hay más religioso ni más natural. ¿Por qué crea Dios algunos seres más bellos que los demás sino para indicar que debemos adorarlos? El crimen sería no amarte: ¿no eres un ángel? Esa señora te insulta confundíendote con los demás hombres; las reglas de la moral no son aplicables á ti; Dios te ha puesto sobre todo. Amarte, ¿no es acercarse á Él? ¿Podría reprochar á una pobre mujer tener ansia de lo divino? Tu grande y luminoso corazón se parece tanto al cielo, que me engañó como las mariposas que se queman en la llama de una vela. ¿Se ha de castigar á las mariposas por su error? Por otra parte, esto no es error, sino una altísima adoración á la luz; parecen por demasiada devoción, si se llama perecer arrojar al cuello de lo que se ama. Yo tengo la debilidad de amarte, en tanto que esa mujer tiene la fuerza de permanecer en su capilla católica. No arru-